

La familia en Colombia a lo largo del siglo XX

XIMENA PACHÓN

Profesora, Departamento de Antropología
Universidad Nacional de Colombia

Para comenzar es necesario reconocer, como lo han hecho otros investigadores, que el concepto de familia y el seguimiento de sus transformaciones al igual que muchos de los temas relacionados con ella, como puede ser el de la infancia o la niñez, se enfrentan a una dificultad muy específica. No solo es necesario sortear las limitaciones que caracterizan las series estadísticas y los cambios en la conceptualización de sus categorías básicas como familia, hogar, unidad doméstica, entre otras, las cuales inciden en los universos de estudio y que hacen muy difícil establecer cuantitativamente las transformaciones en el tamaño de las unidades, los índices de fertilidad, fecundidad, composición familiar, etc., sino además, nos enfrentamos con un factor psicológico, que hace relación a la ligazón afectiva asociada a esta realidad. El concepto de familia trae a la mente situaciones, recuerdos e imágenes que evocan emociones de diversa índole, situaciones irrepetibles que se vivieron dentro del núcleo en el cual fue engendrada la persona. Esa estructura primigenia tiende a ser idealizada, a ser vivida como un mundo feliz, en donde muchas veces las dificultades, los hechos dramáticos y crueles que allí se sucedieron tienden a olvidarse. Se sacraliza el concepto y se construye una imagen ideal, en la cual prima la felicidad y la armonía con su devenir y cotidianidad, como si las familias se desarrollaran por fuera de los conflictos. Este hecho lo hemos encontrado al entrevistar niños gaminos, ancianos o madres, cuando tratamos de indagar sobre sus realidades familiares. Sin embargo, esta idealización incide también en los investigadores e investigadoras y puede

llegar a afectar la objetividad del análisis y las recomendaciones de acción que surjan de su estudio.¹

Hablar de familia en un país marcado por su extrema diversidad geográfica, cultural y social es realmente difícil, tal como doña Virginia lo planteó hace ya medio siglo, cuando participaba como delegada del Instituto Colombiano de Antropología en un seminario de sociología en Bogotá, en el que se expusieron múltiples conceptos sobre las estructuras familiares del país² y donde los profesionales hablaban con propiedad de la “familia colombiana”, ante lo cual, ella con sarcasmo preguntó al público: ¿cuál familia?, conciente de las diferencias familiares que existían en el país.³ Desde ese entonces, cuando ella se hizo esa pregunta y decidió emprender la monumental obra de comprender esas complejas realidades en toda su magnitud, surgió en el país, además del legado de su obra, una prolífica corriente de investigación sobre el tema, que ha dejado su huella en el desarrollo de las ciencias sociales colombianas a lo largo de la última mitad del siglo XX. Y, de manera muy especial, a partir de 1968, con la creación del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar con un gran seminario sobre este tema y posteriormente en 1983, cuando se celebró el Año Interamericano de la Familia.⁴

Los complejos y profundos procesos vividos por la sociedad colombiana a lo largo del siglo XX impactaron y transformaron las estructuras y las dinámicas familiares que se venían tejiendo lentamente desde la época prehispánica, colonial y republicana. Los avances médicos, el control de las enfermedades y epidemias que inexorablemente y de manera sistemática azotaban al país, las campañas masivas de vacunación, de saneamiento ambiental, de mejoramiento de aguas y leches; permitieron que la mortalidad de la población en general, y muy particularmente la mortalidad infantil, disminuyera y se incrementaran las expectativas de vida de las personas.

Posteriormente, los avances en los métodos y la eficacia de las campañas del control natal lograron reducir la cantidad de hijos y permitieron que en un número muy alto de familias los niños llegaran en el momento deseado. Estos hechos, transformaron las estructuras demográficas y familiares en el país. Asi-

¹ Departamento Administrativo Nacional de Estadística. *La Familia Colombiana en el fin de siglo*. Bogotá: DANE, 1998.

² Gutiérrez de Pineda, Virginia. *Familia y Cultura en Colombia: Topologías, funciones y dinámica familiar*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, Universidad Nacional de Colombia, 1964, p. 11.

³ Vila de Pineda, Patricia. “Virginia Gutiérrez de Pineda. 1922 – 1999”, en *Maguare*. Nos. 15-16. Bogotá: Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia. 2002. p. 244.

⁴ Consultar: *Año Interamericano de la Familia*, Memorias 1983. Colombia: Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF), 1983.

mismo, las múltiples violencias que a lo largo del siglo fueron cambiando sus denominaciones, afectaron de manera brutal a la familia, al igual que los procesos de colonización y de concentración urbana, los inesperados desastres naturales, los desplazamientos poblacionales, la pauperización y la transformación de los valores, inducida por la modernización y el influjo de los medios masivos de comunicación. Con ello la institución familiar se vio transformada no solo en su estructura y en su funcionamiento, sino en los más recónditos rincones de su cotidianidad grupal y personal.

Si bien, las tipologías familiares detectadas para principios de siglo son múltiples, tanto los hallazgos de investigadores como las imágenes que caracterizaban a esta familia, concuerdan en señalar a la familia patriarcal, extensa y prolija, como el modelo familiar todavía predominante en la época. Mientras que en los sectores populares predominaba la familia nuclear,⁵ esta familia extensa y patriarcal era común en los estratos medios y altos, tanto urbanos como rurales, y caracterizó especialmente aquellas regiones donde el influjo español y los valores de la religión católica lograron permear más profundamente a la sociedad. El ideal era la familia con muchos hijos, aquella que garantizara que, a pesar del alto número de niños que morían, otros los reemplazaran, con el fin de contar con una descendencia que prolongara las familias y los apellidos.⁶ En esa época la familia no era concebida sin hijos, se asociaba un concepto con el otro y tener familia era tener prole.⁷ Dentro de este contexto, la natalidad era altamente valorada y la fecundidad, responsabilidad exclusivamente femenina, era una bendición de Dios. El modelo era el de la familia cristiana y se esperaba que bajo la imagen de la Sagrada Familia, el padre, la madre y los hijos encontraran los patrones de comportamiento.

En la familia primaba la autoridad indiscutible del padre y del esposo cuyas funciones se encontraban bien definidas, su espacio era el extradoméstico, el mundo de la política, de los negocios y del trabajo, pero era dentro de la familia donde desplegaba y ejercía su indiscutible autoridad. La esfera doméstica era, por su parte,

⁵ Rodríguez, Pablo. “La familia en Colombia”, en *La familia en Iberoamérica 1550-1980*. Universidad Externado de Colombia, Convenio Andrés Bello, Bogotá: Colección Confluencias, 2004, p. 277.

⁶ Muñoz, Cecilia y Pachón, Ximena. *La niñez en el siglo XX. Salud, educación, familia, recreación, maltrato, asistencia y protección*. Bogotá: Editorial Planeta, 1991, p. 171.

⁷ Es interesante anotar como a pesar de los dramáticos cambios en la institución familiar ocurridos a lo largo del siglo, aun hoy en día entre las clases populares y campesinas, se usa una expresión que hace de la familia sinónimo de niños o de hijos. Cuando una mujer está embarazada se dice que ella “espera familia”. Muchas veces al entrevistar a mujeres y hombres casados o viviendo de manera estable con un/a compañero/a en estratos bajos de Bogotá y preguntarles sobre su familia, respondían que todavía no tenían familia, pero que esperaban pronto tener hijos. Es decir, la familia no se concibe aun sin hijos.

el espacio femenino por excelencia y el hogar el verdadero “santuario” de la mujer, donde ella debía desplegar todas sus virtudes como cristiana y sus conocimientos sobre una administración del hogar que debía ser manejado con austeridad, sencillez, orden y aseo. Su principal responsabilidad era hacer de su hijo un “buen cristiano” y hacer de su hogar un “templo doméstico” donde se debía fomentar el culto a la iglesia y a la religión. La mujer era exclusivamente de la familia y su función primordial era la crianza y el cuidado de sus hijos. El niño era aquel ser al cual la madre moldeaba y preparaba para lo bueno, lo bello y lo verdadero. En pocas palabras, en ella recaía la responsabilidad de la educación moral de los hijos.⁸

A lo largo de esta época las mujeres no tenían muchas opciones de vida: su futuro era ser esposas, religiosas o célibes, solteronas caritativas y beatas. Estaban hechas para encargarse del dolor ajeno, dentro y fuera del hogar; para ser el apoyo del desvalido, servir con amor a la patria, atender a los enfermos, cuidar a los niños y a los viejos, o ser abnegadas esposas que les ayudaran a los esposos en momentos de necesidad, para que desempeñaran la noble tarea de religiosas a cargo de la educación, la enfermedad, los niños huérfanos y abandonados, los expósitos e inválidos. Todos aquellos seres en dificultades que quedaban a cargo de la mujer y para eso se las preparaba desde niñas.⁹ De las primeras profesiones que se abrieron para las mujeres de la época fueron el trabajo social, la enfermería y la docencia, actividades todas que venían desempeñando desde antes de que se profesionalizaran, y que no eran otra cosa que una prolongación de la imagen y el quehacer tradicional de la mujer cuidadora.

Esta familia extensa y patriarcal parece haber sido el patrón principal que imperó a principios de siglo no solo en la región andina, sino también, aunque con algunas variaciones, en otras regiones del país, incluso en la costa Caribe. La información suministrada por fuentes históricas, el análisis de biografías, entrevistas e historias de vida, al igual que la literatura de la época, muestran la presencia de esta estructura familiar en diferentes regiones del país.¹⁰ Dicha afirmación general puede complementarse, posiblemente cuando los estudios sobre las peculiaridades regionales de las familias a principios de siglo se amplíen y nos entreguen peculiaridades aún no conocidas.

A mediados de siglo, se esbozaron grandes cambios familiares con la reducción del tamaño de la familia, la salida de la mujer del espacio doméstico, el comienzo de las separaciones entre esposos y la lucha contra la ilegitimidad. Sin embargo,

⁸ Muñoz, Cecilia y Pachón, Ximena. 1991, *op. cit.*, p. 171.

⁹ Muñoz, Cecilia y Pachón, Ximena. “Las niñas a principios de siglo”, en *Las Mujeres en la Historia de Colombia*. Tomo II. Consejería Presidencial para la Política Social. Grupo Editorial Norma, Bogotá, 1995, pp. 424-454.

¹⁰ Rodríguez, Pablo. 2004, *op. cit.*, p. 277.

persistieron como ideal, viejos conceptos y continuaron vigentes realidades de épocas anteriores. La familia religiosa, legalmente constituida y durable hasta “que la muerte los separe” continuaba siendo un ideal en la mente de amplios sectores sociales. A pesar de esto, existían múltiples formas alternas de familias, uniones de hecho, hijos naturales no reconocidos e innumerables familias deshechas que vivían bajo el mismo techo. Los primeros casos de parejas separadas fueron criticados duramente, se les aplicó el ostracismo social, fueron excomulgadas por la curia, sus hijos fueron expulsados de los colegios y escuelas y no se les consideraba una buena compañía para los hijos de las familias completas.

El problema de la ilegitimidad de los niños nacidos por fuera de las uniones religiosas y legalmente constituidas, que fue una inquietud presente desde comienzos del siglo XX y posiblemente desde mucho antes, adquirió en la época una vigencia inusitada. Aunque los registros eran bastante deficientes, se calculaba que para 1934, la ilegitimidad en Bogotá alcanzaba el 50%; porcentaje casi tan alto como el de los departamentos de la costa Atlántica, donde llegaba a un 60%. Se consideraba que la mayoría de los niños dedicados a la delincuencia y al libertinaje, eran nacidos al margen de la ley y que los grandes males de la sociedad provenían de la ilegitimidad.¹¹ Los hijos naturales, por su condición, solían rechazarse de los centros educativos, del ejército y del sacerdocio, convirtiéndose en un problema para los padres y se constituían en una vergüenza para la sociedad. El contacto con ellos era pecaminoso y vedado para los “hermanos legítimos” y para los “hijos de hogares legalmente constituidos”.¹²

Ante los cambios que comenzaban a darse en la familia, la iglesia y otros sectores conservadores de la sociedad, trataban de mantener y reforzar el esquema de la familia tradicional. Luchaban porque la mujer no abandonara su rol de madre dentro del hogar, porque no utilizara los métodos anticonceptivos y no redujera el número de hijos mediante su utilización, ya que se consideraba que esto “solo llevarían al libertinaje”. Predicaban que los padres, especialmente la madre, resistiera con resignación cristiana las desavenencias conyugales. En muchos artículos de prensa se hacía alusión a los difíciles problemas de las mujeres viudas y separadas. Mostraban lo complicado que era vivir sin la protección del hombre, del esposo y del padre. Muchas mujeres debían dejar sus hijos solos o al cuidado de otros, mientras iban a realizar *trabajos de hombre* y a ganar el sustento

¹¹ Sin embargo poco se hacía para solucionar este problema. una de las primeras iniciativas sobre paternidad ilegítima fue la del Dr. Marcelino Valencia quien planteaba una serie de medidas de orden general que tendían a la solución del problema y a colocar a Colombia al lado de otros países que habían hecho grandes avances al respecto. se trataba de un documento de mucho valor y precursor de lo que posteriormente se llamaría la “paternidad responsable”.

¹² Muñoz, Cecilia y Pachón, Ximena. *La aventura infantil a mediados de siglo*. Bogotá: Editorial Planeta, 1991, pp. 247-250.

para sus familias. Los otros tipos de familias, aquellas conformadas por madres solteras que, como jefas de hogar, venían desde tiempos inmemoriales ejerciendo, además del rol de madres el de proveedoras, no eran una preocupación social, no existían socialmente, no se les mencionaba en la prensa, ni en las revistas, ni en las imágenes de la época.

A pesar de esta resistencia cultural frente al cambio, las nuevas formas familiares se fueron imponiendo de manera particular en los estratos medios y altos de las principales ciudades del país. Las familias de la época ya no tenían tantos hijos como solía ser frecuente a principios de siglo. Las campañas de control de la natalidad que tímidamente se habían empezado a implantar en las principales ciudades, comenzaron a dar sus frutos y los padres pensaban más en el número de hijos que debían y podían tener. En 1935 se publicó en la Revista Cromos un anuncio, posiblemente el primero, sobre el control de la natalidad, en el cual se promocionaba el *ritmo*, como un método científico, aprobado por la Iglesia que brindaba la solución al problema más importante del mundo para millares de hogares cristianos, cuyas circunstancias eran adversas. Las parejas jóvenes encontraron un método que, aunque no siempre era eficaz, les permitía reducir la natalidad y, sobre todo, los llevaba pensar en esa posibilidad como algo viable. Este método representó un alivio para las madres de los estratos medios y altos. Las madres de los estratos bajos continuaban con altas tasas de natalidad y arriesgaban sus vidas cuando aterradas ante el futuro incierto de un nuevo embarazo o ante la deshonra de la posible llegada de un hijo ilegítimo, recurrían a métodos abortivos y peligrosos u optaban por el infanticidio o el abandono.

En la página femenina de los periódicos liberales se publicaban artículos sobre la necesidad de controlar el número de hijos, sobre los aspectos que las madres debían pensar antes de quedar embarazadas y sobre la responsabilidad que implicaba la maternidad. Desde la prensa conservadora y las revistas católicas como *Presencia* se combatía esta oleada de “libertinaje” de las parejas y más específicamente de la mujer. Se decía que en su actitud estaba implícita la búsqueda de la “vida fácil” y la “experimentación de los placeres”, con lo cual se alejaban de la resignación cristiana que debía orientarlas hacia la tolerancia de las dificultades propias de la vida marital.

En Colombia la introducción y la efectividad de acciones públicas y privadas de control natal, junto con el peso de otros factores como el incremento de la escolaridad, en especial la femenina, y la migración de mujeres jóvenes del campo, redujo significativamente los niveles de la fecundidad, en especial hacia la mitad de los sesenta y los ochenta.¹³ Durante esta época, si bien la mujer ganó

¹³ Florez, Carmen Elisa. Echeverri, R. y Bonilla, E. *La Transición demográfica en Colombia*. Tokio: Universidad de las Naciones Unidas. Bogotá: Ediciones Uniandes, 1990.

un lugar claro en el ámbito universitario, profesional, empresarial y obrero, la resistencia cultural que tuvo que enfrentar fue muy fuerte, hecho que ha tendido a minimizarse en los estudios históricos. Mientras la mujer se preparaba para el trabajo y las realidades económicas familiares hacían necesario su aporte para el sostenimiento de sus hijos, la sociedad criticaba duramente el “abandono del hogar” y la “irresponsabilidad” de aquellas que preferían los “placeres callejeros y la vida fácil fuera del hogar”. Las mujeres que empezaban a intervenir seriamente en el ámbito masculino, generaban indignación y sorpresa en amplios círculos sociales, a la vez que producían admiración y respeto entre los sectores progresistas del país.¹⁴

La lucha desarrollada por las corrientes ideológicas tradicionales en contra del abandono del rol tradicional de la mujer se expresaba ampliamente en la sociedad. Los sacerdotes desde los púlpitos de sus iglesias, los profesores en los colegios religiosos públicos o privados, los editores de ciertos periódicos, los comentaristas en publicaciones destinadas especialmente a las mujeres,¹⁵ y hasta la ciencia médica y psicológica, alertaban sobre los nefastos efectos que la ausencia de la madre tenía sobre sus hijos. Con motivo del IV Centenario de Bogotá, por ejemplo, se celebró la exposición del Hogar Modelo Obrero, la cual tenía por objeto: “Despertar en la mujer de nuestro pueblo el interés, amor y aprecio por el trabajo doméstico y mostrarle la importancia de la familia...”. Se buscaba enseñarle a la mujer todo aquello que pudiera representar una pequeña industria realizable desde su hogar, en beneficio de sus hijos y que ella no tuviera que desplegar su actividad fuera de las paredes de su casa. Esta exposición fue visitada por cientos de familias obreras que acudieron al llamado de campañas gubernamentales, de la iglesia y de congregaciones cristianas.¹⁶

Las campañas que encontramos a mediados de siglo, tendientes a contrarrestar la transformación de la familia y del rol tradicional femenino, hacían una exaltación inusitada de la “noble” función de la madre, del valor de la maternidad y de la labor doméstica. Una exaltación que hace pensar en el temor que la sociedad tradicional tenía de perder el control sobre la mujer al liberarla de su función en la educación de sus hijos y de su responsabilidad con la patria de formar “buenos ciudadanos” que acogieran los valores de la época.

Esta exaltación a la madre ocurría simultáneamente con el proceso de emancipación de la mujer del hogar y con los comienzos de la desintegración familiar de mediados de siglo. Desde finales de la década del 30, empezaron a aparecer en

¹⁴ Muñoz, Cecilia y Pachón, Ximena. 1991, *op. cit.*, pp. 247-250.

¹⁵ Cromos. Bogotá, julio 30 de 1938, en Cecilia Muñoz y Ximena Pachón. *La aventura infantil a mediados de siglo*. Bogotá: Editorial Planeta, 1991.

¹⁶ Muñoz, Cecilia y Pachón, Ximena. 1991, *op. cit.*, pp. 247-250.

las páginas femeninas cartas de mujeres que exponían sus problemas conyugales y esperaban una respuesta que les permitiera definir su vida. Aquello que comenzó a plantearse tímidamente, con el paso de los años, se fue generalizando cada vez más. Los periódicos publicaban artículos en los que se discutía el problema de las desavenencias conyugales y el estigma que la separación de los padres traía sobre los hijos. No era fácil que estos niños y niñas fueran admitidos en los colegios y con vergüenza, ellos les contaban a sus amigos que sus padres no vivían juntos. La búsqueda de libertad de los padres, la demanda de su derecho a la felicidad y a la satisfacción de sus propias necesidades, reemplazaban la antigua responsabilidad, promulgada a principios de siglo, sobre la primacía del bienestar de los hijos. En los consultorios de psiquiatras y psicólogos se debatían los problemas familiares y en los periódicos de las principales ciudades se incluían artículos que mostraban las difíciles situaciones psicológicas a las que se enfrentaban los niños cuyos padres habían optado por la separación o el divorcio como alternativa al conflicto conyugal. La iglesia daba voces de alerta frente al nuevo fenómeno y repetía en sus ritos la frase de “hasta que la muerte os separe”, afirmando que el bienestar de los hijos era más importante que el bienestar de la pareja.

Para las familias proletarias, las separaciones y las crisis familiares no eran un hecho novedoso. La inestabilidad de las relaciones, el madresolterismo, la ausencia de padres estables se presentaba frecuentemente y de forma similar en los siglos pasados. La pobreza tradicional, el desempleo, las difíciles condiciones de vivienda y salubridad afectaban a las familias pobres, con la misma intensidad que a principios de siglo.

El alcohol y la violencia repercutían nefastamente sobre las relaciones familiares y los niños eran las víctimas directas de esta situación. Los infantes proletarios de muchos centros urbanos del país, pero muy especialmente de Bogotá, huían y buscaban la calle como refugio contra la violencia familiar. El “gamín” bogotano y su antecesor el “chino de la calle”, no era un hecho nuevo en la ciudad, pero durante esta época un número inusitado de familias pobres urbanas se veían agobiadas por la “huída” de uno o varios de sus hijos, que escapaban de los crueles castigos, del frío, del hambre, del padre de turno que llegaba borracho y depositaba toda su frustración en los hijos de su mujer.¹⁷

Para finales del siglo la familia se convirtió claramente en objeto de estudio de historiadores, sociólogos, antropólogos, trabajadores sociales y psicólogos colombianos. El interés en la problemática familiar dio origen a una prolífica producción de estudios sobre la familia, con una diversidad de perspectivas,

¹⁷ Muñoz, Cecilia y Pachón, Ximena. 1991, *op. cit.*, pp. 243-246.

enfoques y problemáticas tratadas,¹⁸ a través de las cuales se ha podido empezar a despejar la compleja realidad social y cultural de la familia en Colombia.

Se reconoce que la familia extensa y patriarcal perdió vigencia en amplias zonas del país, debido a la transformación estructural de la sociedad que a lo largo del siglo XX socavó el andamiaje económico, político y cultural que la había creado. A nivel ideológico, la pérdida de poder de la Iglesia Católica y el debilitamiento de la religión como soporte de los valores éticos, al igual que los mayores niveles de escolaridad alcanzados por la población, distanciaron a amplios sectores sociales del tutelaje religioso que era la base de la autocracia masculina y a su dominio sobre la familia.¹⁹

El rompimiento de la estructura de poder patriarcal afectó las uniones familiares y produjo un cambio en las relaciones entre los cónyuges, entre los hermanos y entre hijos y padres. Los niveles de escolaridad logrados por la mujer, su inserción en el mercado laboral, la conciencia de sus derechos y sus potencialidades, así como la homologación en la edad de los cónyuges, condujo a establecer relaciones más igualitarias y de mayor cooperación dentro de la familia, dejando atrás la sumisión impuesta a la mujer por la religión y la cultura imperantes. La estructura de autoridad vertical emanada por el hombre y del adulto, se desdibujó al finalizar el siglo XX en amplios sectores de la población.

La transformación de las relaciones de poder en la familia, fue más allá de la relación entre los cónyuges. Esta resquebrajó la autoridad de los mayores que hasta entonces ejercían su poder sobre los menores. La relación entre los hermanos se volvió diferente; el sometimiento del más pequeño a la autoridad, embelecos y arbitrariedades de los hermanos mayores, se transformó en un trato más igualitario. La relación entre padres e hijos, también cambió al estos exigir ser tenidos en cuenta en las decisiones familiares, imponer sus gustos y preferencias en sus formas de vestir, comer, en sus prácticas recreativas y al pedir explicación

¹⁸ En los estudios sobre Familia se han establecido múltiples temáticas que han ido variando a lo largo de los años. De esta manera se han identificado los estudios sobre la topología familiar, los estudios sobre lo que se denominó “la descomposición familiar”, los que los que reconocen su función en la socialización y la supervivencia material y afectiva, entre otros. Ver. Rico de Alonso, Ana. “Formas, cambios y tendencias en la organización familiar en Colombia”, en *Las Familias Contemporáneas. Nómadas*. Bogotá: Departamento de Investigaciones Universidad Central. 1999. Ramírez, María Himelda. *Enfoques y perspectivas de los estudios sociales sobre la familia en Colombia. No. 1*. Bogotá: Trabajo Social. Departamento de Trabajo Social. Facultad de Ciencias Humanas. Universidad nacional de Colombia. 1998. Puyana, Yolanda. (Comp). *Padres y Madres en cinco ciudades colombianas*. Bogotá: Ediciones Almudena, 2003.

¹⁹ Gutiérrez de Pineda, Virginia. “Familia ayer y hoy”, en *Familia, Género y Antropología. Desafíos y Transformaciones*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia. ICANH. 2003, p. 277.

ante sanciones cuya justicia no compartían. El espíritu democrático al finalizar el siglo permeó el interior de muchos hogares del país.

Concomitante al rompimiento de las estructuras de poder en la familia, encontramos en su interior una transformación en la división sexual del trabajo. Al convertirse la mujer en proveedora económica, la especialización detectada a principios de siglo con un hombre proveedor y una mujer cuidadora, se transformó en una responsabilidad económica compartida por los cónyuges y en muchos casos asumida por la mujer, sin que se hubiera logrado una redistribución de las tareas en el hogar. El hombre perdió obligaciones, la mujer se recargó de funciones y el Estado no logró garantizar la infraestructura necesaria de apoyo a la familia, con lo cual el trabajo familiar se convirtió en una sobrecarga para la mujer y en una fuente de conflicto entre los cónyuges.²⁰ Los hijos se convirtieron cada vez más temprano en seres institucionales al margen de la familia, quien delegó en terceros, profesionales capacitados, su cuidado y su desarrollo. Los menores pasaban mucho tiempo con otras personas como reemplazo de sus padres trabajadores, quienes tenían cada vez menos tiempo para dedicarse a sus hijos. El tiempo de cuidado del niño comenzó a repartirse entre padres, maestros y terapeutas, en las clases altas, y entre padres, hermanos, vecinos y centros comunitarios en los barrios pobres de la ciudad. Sin embargo, en amplios sectores de clase media urbana el modelo familiar predominante seguía siendo aquel en el cual el hombre y la mujer trabajan, aportaban y compartían la responsabilidad del hogar.

La familia con jefatura femenina fue uno de los aspectos más característicos de finales de siglo y su fortalecimiento estuvo indudablemente asociado al desempleo creciente de los cónyuges y a la rotación de compañeros ocasionales. Si bien este no era un fenómeno nuevo, su reconocimiento social sí lo fue desde la década del setenta, cuando los estudios de pobreza y los análisis feministas sobre género y desarrollo²¹ lo sacaron a la luz pública. Este concepto de “jefatura femenina” en la familia, no muy claramente definido aún, tiene un carácter ambiguo que no recoge las múltiples modalidades fenomenológicas que abarca como, por ejemplo, la existencia de jefatura con o sin presencia del cónyuge, en convivencia permanente u ocasional, con aporte o sin aporte de uno o los dos padres de los hijos, entre otras.²² Los estudios censales muestran como las tasas de jefatura femenina aumentan en todas las edades, en tanto que las masculinas disminuyen a partir del rango 20 años y más. Esta disminución en la jefatura masculina ha sido explicada, en parte, por un ligero aumento en las mujeres que se declaran jefas con el cónyuge ocasional presente y en parte por las situaciones

²⁰ Rico de Alonso, Ana. 1999, *op. cit.*

²¹ DANE, 1998, *op. cit.*, p. 30.

²² *Ibíd.*, pp. 30-32.

de precariedad económica, lo que ha llevado a muchos núcleos familiares con residencia independiente, a regresar a sus hogares de orientación en búsqueda de estructuras de parentesco que les sirvan de apoyo, constituyéndose en núcleos secundarios del hogar principal, que para efectos censales pasan a ser “otro pariente” del jefe principal.²³

Si bien el madresolterismo en el país no es un fenómeno reciente, ni un fenómeno asociado a la modernización, la liberación de las costumbres o las campañas de control natal, como lo pretenden algunos moralistas, sino por el contrario es un hecho cuyos vestigios encontramos desde la conquista y la época colonial. Las mujeres particularmente afectadas han sido aquellas pertenecientes a los sectores socioeconómicos más desprotegidos y mujeres ligadas a ocupaciones subalternas: la mujer indígena, la mujer negra, la mujer campesina y la inmigrante del campo a la ciudad. Finalizando el siglo XX el país evidenció un creciente y preocupante incremento de este fenómeno, que se concentra particularmente en los estratos más jóvenes y pobres de la sociedad.²⁴ En los sectores medios y altos también ha aparecido este fenómeno con una característica diferente. No es el hecho vergonzoso y ocultable de principios de siglo, característico de los sectores rurales y los arrabales urbanos, sino una modalidad familiar que surge en un contexto diferente y relacionado con decisiones autónomas que toman las mujeres, muchas veces acudiendo a la adopción y otras, incluso, ayudadas por las nuevas tecnologías de gestación.

Como consecuencia de los cambios experimentados en el rol tradicional de la mujer, en el debilitamiento del tutelaje parental, en las mayores oportunidades de relaciones sexuales, en el surgimiento de una sexualidad precoz con el resultado de un embarazo no deseado para muchas de ellas, se ha experimentado este incremento del madresolterismo. Una socialización que valora la independencia femenina, la carencia de una verdadera conciencia de paternidad y maternidad responsables, el escaso conocimiento de la relación entre sexualidad y embarazo (a pesar de las campañas de educación sexual) y la existencia de complejos problemas familiares e individuales, explican, en parte, el por qué solo una minoría de las solteras embarazadas llegan a contraer matrimonio. La gran mayoría de ellas, con una escolaridad incompleta, sin recursos económicos para sostenerse con sus hijos, abandonadas por su compañero, rechazadas por los padres y desprotegidas por el Estado.²⁵

²³ *Ibíd.*, p. 59.

²⁴ Rico de Alonso, Ana. *Madres solteras adolescentes*. Bogotá: Editorial Plaza y Janes, 1986, p. 16.

²⁵ *Ibíd.*

De esta manera, madres solteras, madres que se quedan solas después de traumáticas rupturas familiares, madres viudas de la guerra, o madres desplazadas por las múltiples violencias que se han vivido en el país en los últimos decenios, se encuentran ante la realidad de ser las únicas responsables frente a los compromisos que implican el construir y mantener una familia.

Finalizando el siglo se detectó también un “renacer funcional de la unidad doméstica extensa”. El proceso de nucleamiento que vivió la familia a lo largo del siglo, se vio debilitado con el surgimiento, en amplias regiones del país, de una familia extensa acogedora, la cual recibió a las mujeres que por múltiples causas se encontraron solas y sin recursos ante la responsabilidad del hogar. Así, acudieron no solo a la familia de sus padres, sino a redes más amplias de parentesco, en busca de soporte moral y de apoyo en la crianza y cuidado de sus hijos, mientras conseguían el pan para su supervivencia. Muchas madres y padres mayores que creían que su misión procreativa había culminado, tuvieron que reacomodar su hogar para recibir a su hija y a sus nietos,²⁶ y también nietas o sobrinas con sus hijos. La familia como red de apoyo demostró así su relevancia, al hacer posible la supervivencia de la madre y sus hijos, y al tomar como responsabilidad familiar el cuidado de niños de varias generaciones.

Otro aspecto que es necesario mencionar al finalizar el siglo, es la desaparición jurídica de los “hijos naturales” que tanto avergonzaban a la sociedad. Con el descenso paulatino de la valoración de la institución matrimonial y con los espacios conquistados por una ética laica; la sociedad y la cultura hoy en día no le otorgan mayor importancia al origen de los individuos, nadie pregunta, ni esto tiene relevancia social o jurídica, si los padres son o no casados. La cultura y la modernidad banalizaron la antes sacra unión matrimonial. Este hecho afectó la transmisión de la herencia, haciendo que todos los hijos habidos, dentro o fuera del matrimonio, tuvieran el mismo derecho a los bienes del padre. Hoy en día los análisis genéticos y los indiscutibles estudios de paternidad, son una herramienta con que cuentan las mujeres e hijos para establecer la verdadera paternidad, dependiente antes tan solo de la voluntad del padre quien, generalmente era reticente a hacerlo, y/o se oponía a aceptar el hecho.

Asimismo, las transformaciones vividas por las realidades familiares generaron nuevas formas de parentesco, que empezaron a reconocerse y para las cuales no existían categorías o, las existentes (padrastro, madrastra, hijastro, hermanastro), dejaron de tener significados negativos. Se requerían nuevos términos de parentesco que trascendieran las representaciones de maldad, ruptura y muerte que la cultura les había asignado. Las nuevas realidades surgían no de la orfandad

²⁶ Gutiérrez de Pineda, Virginia. 2003, *op. cit.*, p. 284.

sino de las uniones múltiples de los padres, de las posibilidades de adopción de procesos de inseminación y hasta del alquiler de vientres.

Otro fenómeno que hay que mencionar es la violencia intrafamiliar, la guerra dentro de la familia,²⁷ que en los últimos años del siglo XX adquirió unas dimensiones alarmantes. Los cambios generados en la situación de la mujer y su función dentro del hogar, así como la pérdida de importancia del hombre y su reclamo violento de posición, se han traducido indudablemente en un incremento de este tipo de violencia. Violencia que existió a lo largo del siglo en las clases bajas de la población pero que actualmente se ha generalizado a otros sectores.

Virginia de Pineda en su artículo sobre las *Familias de ayer y hoy*, manifestaba que no encontraba estudios que le permitieran hacer una comparación entre la violencia que se presenta a finales del siglo XX en la vida familiar urbana de los distintos estratos y la que los conmovió en el pasado. Halló documentos del siglo XVII y XVIII que detallaban esa violencia en forma extrema, y que la hicieron pensar que era semejante a la que se presentaba finalizando el siglo, solo que ahora era más visible y la mujer contaba con un mayor número de herramientas para defenderse.²⁸

Esta violencia que ha acompañado a la familia asume diferentes expresiones según los estratos sociales y, posiblemente, según las regiones del país. Se caracteriza por la variedad de modalidades de agresión física, sexual y psicológica que llegan a producir lesiones permanentes y en casos agravados, la muerte. Violencia que puede ser esporádica, pero que en muchos hogares se constituye en algo normal, un régimen de terror cotidiano ante el cual mujeres, niños, ancianos, enfermos y discapacitados, es decir los sectores más débiles y vulnerables de la sociedad, no logran romper la dependencia con su agresor, ni el proceso de dominación ejercido mediante este método. Este tipo de violencia tiende a darse a puerta cerrada, dentro de la intimidad inviolable del hogar y lo que es más grave, bajo la mirada tolerante de la sociedad.²⁹

Los estudiosos del tema han resaltado como esta violencia no se encuentra desconectada de las otras violencias sociales que florecen en el país y han establecido correlaciones entre la violencia familiar y los patrones de violencia en la sociedad.³⁰ Dichas investigaciones han mostrado como lo que ocurre dentro de

²⁷ Tovar, Patricia. "La familia en tiempos de guerra y la guerra dentro de la familia", en *Familia, Género y Antropología. Desafíos y transformaciones*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia. ICANH., 2003.

²⁸ Gutiérrez de Pineda, Virginia. 2003, *op. cit.*, p. 289.

²⁹ Muñoz, Cecilia y Pachón, Ximena. 1991, *op. cit.*, p. 171.

³⁰ Jimeno, Myriam. y Roldan, Ismael. *Las Sombras arbitrarias: Violencia y Autoridad en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1996.

las familias con respecto al abuso del poder no se puede ver como un fenómeno aislado de lo que sucede en el conjunto de la sociedad. Las estructuras de poder social que se manifiestan en el campo público moldean el ámbito privado, afectando lo que ocurre en el seno de las familias.³¹ El rápido debilitamiento de la religión como soporte moral de amplios sectores de la población en el país, sin que una ética laica haya logrado llenar los vacíos creados con otros valores sociales y humanos, puede incidir en el fenómeno.

Concluyendo, podríamos afirmar que al finalizar el siglo la familia se presenta como una realidad que, a pesar de las múltiples variaciones regionales que afectan estructuras y producen formas de funcionamiento diversas, se ha visto afectada con intensidades diferentes en los distintos estratos sociales. Observando su devenir a lo largo del siglo, mirando sus transformaciones y sus permanencias, constatamos que si bien los cambios se fueron dando de manera lenta y progresiva, estos se aceleraron y adquirieron una mayor profundidad en el último cuarto de siglo XX.³² Muchas de las transformaciones experimentadas hacen parte de una dinámica histórica compartida dentro de la cultura occidental y de manera muy específica con los países de América Latina,³³ mientras que otros surgen de la especificidad del desarrollo histórico del país, del impacto de procesos muy complejos relacionados con problemas característicos de la realidad colombiana.

Bibliografía

BONILLA, Elsy (Compiladora). *Mujer y familia en Colombia*. Bogotá, Plaza y Janes, 1985.

ECHEVERRI DE FERRUFINO, Ligia. *La Familia de hecho en Colombia*. Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, 1984.

“Transformaciones recientes en la familia colombiana”, en *Revista del Departamento de Trabajo Social*. Universidad nacional de Colombia, Bogotá, 1998, Facultad de Ciencias Humanas.

FLOREZ, Carmen Elisa. *Las Transformaciones sociodemográficas en Colombia durante el siglo XX*. Banco de la Republica, Bogotá: Editorial Tercer Mundo, 2000.

GUTIÉRREZ de Pineda, Virginia. “Avances y perspectivas en los estudios de familia”, en *Avances y Perspectivas en los estudios sociales de la familia en Colombia*. Medellín. Uni-

³¹ Tovar, Patricia. *op. cit.*, p. 171.

³² DANE, *op cit.*, 1998. p. 35.

³³ Ver el conjunto de trabajos que aparecen en Rodríguez, Pablo (compilador) *La familia en Iberoamérica 1550-1980*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia, Convenio Andrés Bello, 2004.

versidad de Antioquia, Facultad de Ciencias Sociales con la colaboración del Instituto Colombiano para el Fomento de la Educación Superior –ICFES. 1983.

MUÑOZ, Cecilia y Ximena Pachón. *Gamines –testimonios* Carlos Valencia editores. Bogotá: 1989.

_____ *Réquiem por los Niños muertos. Mortalidad infantil en Bogotá siglo XX*. Bogotá: CEREC-Club Michín, 2002.

ORDÓÑEZ, Myriam. *Población y familia rural en Colombia*. Bogotá: Universidad Javeriana, 1986.

UMAÑA Luna, Eduardo. *La familia colombiana: una estructura en crisis*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1994.

ZAMUDIO, Lucero y Norma Rubiano. *La nupcialidad en Colombia*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 1991.

_____ *Las separaciones conyugales en Colombia*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 1991.

